
El cuarteto de Alejandría - III

Mountolive

Lawrence Durrell



novela  edhasa

MOUNTOLIVE
LAWRENCE DURRELL



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mountolive*

Traducción: Santiago Ferrari

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Primera edición impresa: marzo de 1977

Primera edición en e-book: septiembre de 2021

© Lawrence Durrell, 1958

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4827-9

Producido en España

A Claude

NOTA

Todos los personajes y situaciones descritos en este libro (hermano de *Justine* y de *Balthazar*, y tercer volumen de un cuarteto) son puramente imaginarios. He usado del derecho del novelista al tomarme unas cuantas libertades indispensables respecto de la historia contemporánea de Oriente Próximo y de la estructura del personal en el servicio diplomático británico.

Disipado el sueño, si uno hubiera de recobrar el estado de ánimo propio del sentido común, el hecho sólo parecería tener mediana importancia: es la historia del hacer mal con la imaginación. Todo el mundo la conoce y ya a nadie ofende. Pero ¡ay! A veces uno lleva la cosa un poquito más lejos. ¿Cuál –nos atrevemos a preguntar–, cuál sería la realización de la idea si su mera forma abstracta nos ha exaltado así, nos ha conmovido tan hondamente? Entonces la siniestra ensoñación cobra vida y su existencia es un crimen.

D. A. F. DE SADE, *Justine*

Il faut que le roman raconte.

STENDHAL

MOUNTOLIVE
EL CUARTETO DE ALEJANDRÍA III

I

Como joven que prometía mucho más de lo común, lo habían enviado a Egipto por un año, a fin de mejorar su dominio del idioma árabe; y se encontró agregado a la Alta Comisión como una especie de escriba, esperando su primer puesto diplomático; y ya se comportaba como un joven secretario de legación, con plena conciencia de las responsabilidades del futuro cargo. Pero hoy le resultaba un poco más difícil que de costumbre mantenerse serio: tan emocionante se había hecho la jornada de pesca.

A decir verdad, tenía olvidados casi por entero sus pantalones de tenis, otrora tirantes de bien planchados, y su chaqueta de colegio; ni reparaba en que el agua del pantoque, subiendo por entre las tablas del piso, manchaba la punta de sus zapatillas blancas con un casquete negro. En Egipto uno se olvidaba continuamente de sí mismo. Bendijo la carta casual de presentación que le llevó a los campos de los Hosnani, a la amplia casona, construida sobre una red de lagos y taludes cerca de Alejandría. Sí.

La batea que lo conducía ahora, a lentos empujones por el agua turbia, se volvía lentamente hacia el este, para tomar posición en el gran semicírculo de botes que se cerraba gradualmente sobre una zona objetivo delimitada por las oscuras espigas de cañas de las cuencas donde se congregaban los peces.

Y mientras se acercaban, golpe por golpe, cayó la noche egipcia... súbita reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y violeta. La tierra se había puesto densa como un tapiz en el reflejo crepuscular, color lila, temblando aquí y allí, con espejismos de agua producidos por la humedad que subía, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el mundo le parecía a uno reflejado

en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer. También las voces, del otro lado del agua, sonaban ora altas, ora tiernas y claras. Su propia tos volaba al otro lado del lago en súbitos aletazos. Oscurecía, pero hacía calor aún; la camisa se le pegaba a la espalda. Las lanzas de oscuridad que llegaban hasta ellos sólo diseñaban la forma de las islas bordeadas de cañaverales, que puntuaban el agua como grandes acericos, como zarpas, como cojines.

Lentamente, al ritmo de la plegaria o la meditación, el gran arco de botes se estaba formando y cerrando, pero como la tierra y el agua se licuaban en ese ritmo, se tenía una y otra vez la ilusión de que viajaban a través del cielo, más bien que de las aguas aluviales del Mareotis. Y más allá de la vista, podía oír el chapaleo de los gansos y, en un rincón, el agua y el cielo se separaban bruscamente al alzarse una bandada de ellos, arrastrando sus membranosos pies a través del estuario, como hidroaviones, chillando roncamente. Mountolive suspiró y miró, hacia abajo, el agua parda, con el mentón en las manos. No estaba acostumbrado a sentirse tan contento. La juventud es la edad de la desesperación.

Detrás de sí oía al hermano menor, Naruz, el de labio leporino, refunfuñando a cada empujón de la pértiga, cuando la sacudida de la barca repercutía en sus riñones. El lodo, espeso como jalea, goteaba cayendo de nuevo en el agua, con un lento «flob flob», y el palo lo succionaba con fruicción. Era muy hermoso, pero con un olor repugnante, aunque, para sorpresa suya, vio que casi le gustaban los olores a podrido del estuario. Rachas de viento, desde el lejano horizonte del mar, subían como marea en torno a ellos, de tiempo en tiempo, refrescando la mente.

Coros de mosquitos zumbaban como una lluvia de plata en el ojo del sol muriente. La telaraña de luz cambiante inflamó su espíritu.

–Naruz –dijo–, estoy tan contento... –y escuchaba sus propios y tranquilos latidos.

El joven emitió su risa tímida, silbante:

–Bien, bien –contestó inclinando la cabeza–. Pero esto no es nada. Espere, ya los estamos rodeando.

Mountolive sonrió. «Egipto», dijo para sí como quien repite un nombre de mujer. «Egipto.»

–Allá, mire –exclamó Naruz con voz ronca y melodiosa–. Los patos no son *rusés*, ¿sabe? –(hablaba un inglés imperfecto y pomposo)–. Por eso cazarlos es fácil. Ustedes dicen cazarlos, ¿no? Hay que zambullirse debajo de ellos y agarrarlos de las patas. Más fácil que dispararles, ¿eh? Si quiere, mañana iremos.

Gruñó de nuevo a la pértiga y suspiró.

–¿Y qué hay de las serpientes? –preguntó Mountolive. Había visto varias grandes, nadando por ese lugar aquella tarde.

Naruz encogió sus robustos hombros y rió.

–No hay serpientes –respondió riendo de nuevo.

Mountolive se volvió de costado para apoyar la mejilla en la madera de la proa. Con el rabillo del ojo podía ver la figura de su compañero que se alzaba al hundir la pértiga y estudiar los peludos brazos y manos, las recias piernas musculosas.

–¿Tomo un turno? –preguntó, en árabe. Ya había notado cuánto les gustaba a sus huéspedes que les hablara en su lengua natal. Sus respuestas, entre sonrisas, eran como un abrazo–. ¿Lo tomo?

–No, no –contestó Naruz, sonriendo con su fea sonrisa, sólo redimida por unos magníficos ojos y una profunda voz. El sudor le goteaba del rizado cabello negro, de pico de viuda. Después, no fuera que la negativa pareciera descortés, añadió–: La batida empezará con la oscuridad. Yo sé qué hacer, y usted tiene que quedarse sentado y mirar los peces.

Las dos pequeñas franjas de carne rosada que bordeaban su labio partido estaban húmedas de saliva.

Guiñó los ojos con cariño al joven inglés.

Ahora la oscuridad avanzaba a la carrera hacia ellos y la luz expiraba. Súbitamente, Naruz exclamó:

–¡Ahora es el momento! Mire allí.

Batió las palmas fuertemente y gritó por sobre el agua, sobresaltando a su compañero, que siguió, levantando la cabeza, la dirección que señalaba el dedo.

–¿Qué?

El sordo estampido de un tiro disparado desde el bote más lejano estremeció el aire, y repentinamente el horizonte quedó cortado en dos por una nueva bandada, que se levantaba con más lentitud y dividía la tierra del aire, en una herida roja, viajera; como el corazón de una granada mirando a través de su cáscara. Después, pasando de rosada a escarlata, se pintó de blanco y cayó sobre el lago como una nieve que se derritiera al tocar el agua.

–Flamencos –gritaron los dos riendo, y la oscuridad se cerró, extinguiendo el mundo visible.

Durante un buen rato descansaron, respirando hondamente, dejando que los ojos se acostumbraran a ella. De los botes distantes llegaban voces y risas, flotando en su camino. Alguien exclamó: «Ya Naruz», y de nuevo, «Ya Naruz». Él se limitó a gruñir. Y en esto llegó el breve sonido sincopado de un tamborileo con los dedos, cuyos ritmos se copiaron enseguida en la mente de Mountolive, de modo que sintió que sus propios dedos empezaban a tamborilear sobre las tablas. El lago no tenía suelo ahora, el lodo amarillo se había desvanecido, el lodo blando resquebrajado de prehistóricas fallas lacustre, o el lodo bituminoso que arrastraba el Nilo delante de sí, camino del mar. Toda la oscuridad seguía oliendo aún a ese barro. «Ya Naruz», se repitió el grito, y Mountolive reconoció la voz de Nessim, el hermano mayor, llevada sobre un soplo marino, que espaciaba las palabras:

–Tiempo... de... encender...

Naruz emitió un grito de respuesta y gruñó de satisfacción, mientras buscaba fósforos en el bolsillo:

–Ahora va a ver –dijo con orgullo.

El círculo de botes se había estrechado lo bastante para abarcar las cuencas de peces, y en la cálida oscuridad empezaron a chisporrotear fósforos y pronto las lámparas de carburo se prendieron como trémulas flores amarillas, vacilando hasta definirse, permitiendo a los que estaban fuera de línea rectificar su posición. Naruz se inclinó sobre su huésped y tanteó buscando la proa. Mountolive olió el sudor del robusto cuerpo de Naruz, que probaba el tubo de goma y sacudía la vieja caja de

baquelita del farol, llena del residuo de carburo. Después dio vuelta a una llave, prendió un fósforo y por un momento densas nubes de humo envolvieron a los dos hombres, que contuvieron el aliento, pero el ambiente se despejó rápidamente mientras debajo de ellos florecía, como un inmenso cristal de colores, un semicírculo de agua del lago, candente y fiel como una linterna mágica al reflejar las sobresaltadas imágenes de peces que se dispersaban y volvían a formarse con movimientos de sorpresa, curiosidad, quizá placer, incluso. Naruz expelió el aliento con fuerza y volvió a su lugar.

–Mire abajo –dijo–, pero mantenga bien baja la cabeza.

Como Mountolive, que no había entendido esta última parte del consejo, se volvía para preguntarle, añadió:

–Póngase la chaqueta sobre la cabeza. Los martinpescadores enloquecen con el pescado y no saben ver de noche. La última vez me cortaron la mejilla y Sobhi perdió un ojo. Mire adelante y abajo.

Mountolive hizo lo que le ordenaban y se quedó allí flotando sobre el nervioso charco de luz del farol cuyo piso era de pronto un cristal sin par, no barro, y estaba animado por tortugas acuáticas, ranas y peces que se deslizaban, toda una población perturbada por el mundo superior que se había entrometido en el suyo. La barca se sacudió nuevamente y avanzó, mientras la fría agua del pantoque le subía alrededor de los dedos de los pies. Con el rabillo del ojo podía ver que el gran semicírculo de luz, la cadena de flores de fuego, se iba cerrando más rápidamente, y, como para dar a los botes orientación y medida, se levantó el rumor de un tamborileo y un canto apagado y melancólico, pero imperioso. Sintió que el empujón de bote, que daba la vuelta, repercutía nuevamente en su columna vertebral. Experimentaba unas sensaciones que no le recordaban nada de lo que había conocido antes; sensaciones completamente originales.

Ahora el agua se había vuelto densa y espesa; como una sopa de avena que se va espesando poco a poco al ser removida a fuego lento. Pero cuando miró mejor, vio que no era el agua sino la multiplicación de los peces lo que producía esa sensación.

Pululaban, se lanzaban como un disparo hacia delante, en escuadras, excitados por la propia conciencia de su número, pero todos deslizándose y entrechocándose en una misma dirección. El cerco se había ajustado como un dogal, y ya solamente veinte pies los separaban del próximo bote, del próximo charco de luz de cera. Los barqueros habían empezado a lanzar gritos roncOS y a golpear las aguas a su alrededor, excitados ellos mismos por la premonición de aquellos enjambres de peces que se apiñaban en el fondo blando del lago, y que se excitaban más y más cuando empezaban los bajíos, y se veían atrapados en el círculo reluciente. Ahora había algo de delirio en la forma en que daban vueltas y vueltas en el enjambre. Vagas sombras humanas desenrollaron redes de mano en los botes, y el griterío se hizo más denso. Mountolive sintió que la sangre le corría más rápidamente.

–Espere un momento –le gritó Naruz–. Quédese quieto.

Las aguas se espesaron como cola; cuerpos de plata saltaban en la oscuridad sólo para caer de vuelta, chispeando como monedas, en los bajíos. Los círculos de luz se tocaron, se superpusieron y el cerco quedó completo, y de todo su alrededor llegó un golpeteo y un crujido de cuerpos oscuros que saltaban a los bajíos, desplegando y uniendo extremo con extremo, las largas redes de mano cuyas mallas oscuras se hinchaban ya, como calcetines de Navidad, con los cuerpos convulsos de los pescados. Los que saltaban se habían asustado también y sus brincos de pánico desgarraban toda la superficie de la hoya, salpicando agua fría sobre los faroles temblorosos, cayendo dentro de la barcas como una cosecha estremecida de frías escamas y colas tamborileantes. Sus excitantes forcejeos de agonía eran tan contagiosos como lo fuera antes el redoble de tambor. La risa sacudía el aire mientras las redes se cerraban. Mountolive pudo ver árabes con sus largas ropas blancas recogidas hasta la cintura, pujando hacia delante, con manos firmes asidas a las oscuras proas que tenía a su lado, empujando lentamente hacia delante las redes eslabonadas. La luz se reflejaba en los oscuros músculos. Su barbárica alegría llenaba la oscuridad.

Y llegó otro fenómeno inesperado, porque el cielo mismo comenzó a espesarse encima de ellos, como el agua lo había hecho debajo.

Súbitamente la oscuridad se infló de formas irreconocibles, pues los peces sobresaltados habían puesto sobre aviso a los que dormían en las playas, y con gritos ásperos e incoherentes los nuevos visitantes del estuario exterior, bordeado de juncos, se unieron a la caza –centenares de pelícanos, flamencos, grullas y martin pescadores–

que acudían, en trayectorias irregulares, a lanzarse sobre el agua y a caer y disparar picotazos contra los peces que saltaban. Las aguas y el aire se estremecían por igual de vida, mientras los pescadores alineaban sus redes y echaban la pesca pululante dentro de los botes o volvían para afuera las redes dejando que las goteantes cascadas de plata se derramaran sobre la borda hasta que los timoneles quedaban cubiertos hasta el tobillo por los cuerpos que se azotaban convulsivamente. Había más que de sobra para hombres y pájaros, y mientras los moradores más grandes del lago plegaban y despleaban torpes alas, como anticuadas sombrillas, o bien revoloteaban en desmañados grupos sobre el agua bullente, los martin pescadores, y las gaviotas cazadoras de arenques venían de todas partes con la velocidad del rayo, semienloquecidos de codicia y excitación, volando en itinerarios suicidas, algunos para romperse el cuello en la cubierta de los botes, otros para relampaguear, con el pico por delante, sobre el cuerpo de un pescador, abriéndole una mejilla en su aterradora avidez. El chapaleo del agua, los gritos roncros, el disparo de los picotazos y aletazos, y el loco tamborileo de los dedos conferían a toda la escena un esplendor inolvidable, que a Mountolive le recordaba vagamente algunos remotos frescos faraónicos de luz y oscuridad.

Aquí y allí, también los hombres se pusieron a espantar a las aves dando palos al aire, de modo que entre los montones pululantes de peces se podía ver, con sorpresa, un arco iris de plumas, de color mágico, y unos picos rotos de los cuales brotaba sangre, cayendo sobre las escamas de plata. La escena continuó de este modo durante tres cuartos de hora hasta que las barcas estuvieron repletas hasta el borde. Nessim estaba ya junto a ellos, gritándoles en la oscuridad.

–¡Tenemos que volver! –Señaló una linterna que ondulaba del otro lado del agua, creando una cálida cueva de luz donde consiguieron ver

los flancos suavemente curvos de un caballo y el filo dentado de las hojas de palma—. Mi madre nos espera —agregó.

Su cabeza impecable se inclinó hacia abajo y recibió el borde de un charco de luz mientras sonreía.

La suya era una cara bizantina, como la que uno podría encontrar entre los frescos de Rávena, en forma de almendra, con ojos oscuros, facciones claras.

Pero Mountolive miraba, por decirlo así, a través de la cara de Nessim, la de Leila, su madre, tan parecida a él.

—¡Naruz! —llamó Nessim, roncamente, porque el hermano había saltado al agua para ajustar una red—.

¡Naruz! —Apenas se podía oír en medio de esa conmoción—. ¡Tenemos que irnos!

Y así por fin las dos barcas, con su farol cada una, semejante al ojo del cíclope, volvieron a través del agua oscura hasta el lejano embarcadero, donde Leila los esperaba impaciente con los caballos, en medio del silencio sonoro de mosquitos. Había salido una luna joven.

La voz de ella llegó risueña a través de los aires variables del lago, reprendiéndolos por haberse demorado, y Naruz rió.

—Hemos traído montones de pescado —gritó Nessim. Ella estaba en pie, un poco más oscura que la oscuridad, y las manos de los dos se encontraron como guiadas por un instinto perfeccionado que no hallaba lugar en sus mentes conscientes. El corazón de Mountolive latió cuando se puso en pie y ella lo ayudó a subir al muelle. Pero apenas estuvieron los dos hermanos en tierra, Naruz gritó:

—Te echo una carrera hasta casa, Nessim —y los dos se lanzaron hacia los caballos, que se espantaron ante la risueña arremetida.

—¡Cuidado! —les gritó ella vivamente. Pero no había pasado un segundo cuando ya habían partido, y los cascos repiqueteaban sobre el blando camino de la ribera mientras Naruz se reía como un Mefistófeles.

—¡Qué puede hacer una! —agregó ella con fingida resignación, y enseguida llegó el mayordomo con los caballos para ellos.

Montaron y partieron para la casa. Ordenando al criado que fuera adelante, con la linterna, Leila puso su caballo bien cerca, para que pudieran andar rodilla contra rodilla, solazado cada uno por el contacto del otro. No hacía mucho que eran amantes: diez días apenas; pero al juvenil Mountolive le parecía un siglo, una eternidad de desesperación y placer. Lo habían educado con severidad en Inglaterra, educado para que no deseara sentir. Todas las otras lecciones valiosas ya las había dominado, a pesar de su juventud: afrontar con sangre fría los problemas de la sala y de la calle; pero a las emociones personales sólo podía oponerles el silencio nervioso de una sensibilidad nacional anestesiada hasta convertirse casi en una torpe taciturnidad: una educación en reticencias y vergüenzas seleccionadas. Rara vez van juntas la buena educación y la sensibilidad, aunque la brecha puede disfrazarse fácilmente con códigos de buenas maneras, formas de dirigirse al mundo. Había oído y leído acerca de la pasión, pero mirándola como algo que nunca lo iba a asaltar; y allí estaba esa pasión, irrumpiendo en la vida secreta que él, como todo colegial excesivamente crecido, seguía viviendo autónomamente detrás de la pantalla indulgente de las maneras y transacciones cotidianas, de la charla y efectos de todos los días. El hombre social dentro de él estaba sobremaduro antes de que el hombre interior hubiese llegado a ser adulto. Leila lo había dado vuelta como uno puede dar vuelta a un baúl viejo, revolviéndolo todo.

Ahora sospechaba no ser más que un adolescente, sentimental e imberbe, con las reservas agotadas. Casi indignado, advertía que allí por fin había algo por lo cual estaba dispuesto hasta a morir, algo cuya misma crudeza llevaba consigo un alado mensaje que penetraba hasta lo vivo de su mente. Aun en la oscuridad se sentía a punto de enrojecer. Algo absurdo.

Amar era absurdo, como lo es un objeto arrancado de su sitio en la repisa del hogar. Se sorprendió a sí mismo preguntándose qué pensaría su madre si pudiera verlos así, cabalgando entre los espectros de estas palmeras, a orillas de un lago que reflejaba la imagen de una luna nueva, rodilla contra rodilla.

–¿Estás contento? –le susurró Leila, y él sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca.

Los amantes no pueden encontrar nada que decirse uno a otro que no se haya dicho y callado mil veces. Los besos se inventaron para traducir en heridas estas nada.

–Mountolive –volvió a decir ella–, David, querido.

–Sí...

–Qué callado estás. Supuse que te habías dormido.

Mountolive frunció el ceño, viéndose frente a su propia naturaleza interior, dispersa.

–Estaba pensando –contestó. Y de nuevo sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca. –Querida... –dijo.

–Querido...

Siguieron andando así, rodilla contra rodilla, hasta que apareció a su vista la vieja casa de planta cuadrada sobre la red de riberas que labraban el estuario y los canales de agua dulce. El aire estaba lleno de murciélagos. La terraza superior de la casa aparecía vivamente iluminada y allí estaba sentado el inválido, torcido en su silla de ruedas, mirando celosamente hacia la noche, esperándolos. El marido de Leila se moría de alguna misteriosa enfermedad muscular, una atrofia progresiva que acentuaba cruelmente la diferencia de edad, ya grande, porque ella sólo tenía cuarenta y tantos años, y parecía aún mucho más joven, mientras que él pasaba bien de los sesenta. La enfermedad lo había vaciado por dentro, transformándolo en una cáscara cadavérica compuesta de mantas y bufandas de donde asomaban dos largas manos sensibles. De rasgos saturninos, y con una tosquedad de expresión que se repetía en la cara de su hijo menor, tenía la cabeza caída sobre los hombros y en algunos aspectos se asemejaba a esas caretas de carnaval que llevan sobre palos. Sólo falta añadir que Leila lo amaba.

Leila lo amaba. En el silencio de su propia mente, Mountolive nunca podía repetirse esas palabras sin chillarlas imaginariamente como un loro. ¿Cómo podía amarlo?, se preguntaba una y otra vez; ¿cómo podía?

Cuando oyó los cascos de los caballos sobre el empedrado del patio, el marido impulsó hacia delante la silla de ruedas, hasta la balaustrada, llamando porfiadamente:

–Leila, ¿eres tú?

Tenía una voz de niño grande, que esperaba ser lastimado por la calidez de la sonrisa de Leila, y su voz suave y profunda de contralto, donde se confundían la sumisión oriental con ese consuelo que sólo los niños pueden entender.

–Querido –dijo Leila, y subió corriendo la larga escalera de madera para abrazarlo, mientras decía–: Hemos vuelto todos sanos y salvos.

Mountolive desmontó lentamente en el patio, oyendo el suspiro de alivio que exhalaba el hombre enfermo. Se ocupó en ajustar innecesariamente una cincha, a fin de no verlos abrazarse. No estaba celoso, pero su incredulidad lo penetraba y hería. Era algo odioso, ser joven, ser torpe, sentirse arrancado de su propia base. ¿Cómo había llegado a pasar todo esto? Se veía a un millón de millas de Inglaterra; el pasado se le había desprendido como una piel. La cálida noche estaba fragante de rosas y jazmines. Más tarde, si ella venía a su cuarto, él se quedaría inmóvil como una aguja, sin palabras y sin ideas, y tomaría en sus brazos aquel cuerpo extrañamente juvenil, casi sin deseo ni pesar; los ojos se le cerraron entonces, como los de un hombre que está bajo una cascada helada. Trepó lentamente la escalera; ella le había hecho darse cuenta de que era alto, erguido y buen mozo.

–¿Le gustó, Mountolive? –graznó el inválido con una voz en que flotaban (como el aceite en el agua) el orgullo y la sospecha.

Un alto sirviente negro empujó una mesita de ruedas sobre la cual estaba el jarro de whisky... Mundo de anomalías: beber *sundowners* como colonos en el viejo caserón de magníficas alfombras, paredes cubiertas de azagayas capturadas en Omdurman y fantasmagóricos muebles segundo imperio, fabricados en Turquía.

–Siéntese –dijo el inválido, y Mountolive, sonriéndole, se sentó, no sin observar que aun allí, en los cuartos de recepción, había libros y revistas tirados, símbolo del hambre insatisfecha de pensamiento que Leila

nunca había permitido que la dominara. Normalmente ella guardaba sus libros y papeles en el harén, pero siempre se desbordaban a la casa.

El marido no participaba en ese mundo, y ella procuraba que él no se diera cuenta, temiendo sus celos, que se habían hecho más molestos a medida que aumentaba su incapacidad física. Los hijos se estaban bañando; Mountolive oía llegar de alguna parte el rumor del agua que corre. Pronto se excusaría y se iría a poner un traje blanco para la cena. Bebió y conversó con el hombre torcido en la silla de ruedas, con su voz baja y melodiosa. Le parecía aterrador e impropio ser el amante de su esposa. Y siempre quedaba pasmado al ver la naturalidad y sencillez con que Leila llevaba adelante todo el engaño. (Su voz fría, melosa, etcétera, etcétera; trataría de no pensar en ella.) Frunció el ceño y sorbió su bebida.

Había sido muy difícil llegar hasta esos campos a entregar su carta de presentación: la carretera terminaba en el vado, y después había que recurrir a los caballos para llegar a la casa entre los canales. Quedó aislado una hora entera hasta que un viandante amable le ofreció un caballo, con el que llegó a destino. Ese día no estaba presente más que el inválido.

Mountolive observó divertido que, mientras leía la carta redactada en el florido estilo de los árabes, el inválido murmuraba en alta voz las cortesías convencionales de reciprocidad a los cumplidos que estaba leyendo, como si el autor de la carta estuviera oyéndolo. Después miró cariñosamente al rostro del joven inglés y le habló, y Mountolive le contestó suavemente.

—Usted vendrá a vivir con nosotros, única manera de mejorar su árabe. Por dos meses, si quiere. Mis hijos saben inglés y estarán encantados de conversar con usted. Mi mujer también. Van a estar muy contentos de ver una cara nueva, de tener un extraño en la casa. Y mi querido Nessim está en su último curso de Oxford.

El orgullo y la satisfacción brillaron en sus ojos hundidos, por un momento, y luego se extinguieron para dar paso a la expresión habitual de dolor y tristeza. La enfermedad invita al desprecio. El enfermo lo sabe.

Mountolive aceptó, y, renunciando al mismo tiempo a la licencia local y a la licencia en su país, obtuvo permiso para quedarse dos meses en la casa de este hidalgo copto. Era romper con todo lo que había conocido hasta entonces el ser incluido de ese modo en el molde de una vida familiar basada y alimentada en el despliegue inconsciente de un feudalismo que se remontaba hasta la Edad Media y tal vez más allá. El mundo de Burton, Beckford, lady Hester..., pues, ¿existía aún? Pero aquí, visto desde el punto ventajoso de alguien que está en el interior de la tela que ha pintado su propia imaginación, encontró que lo exótico le resultaba muy normal.

Su poesía era irradiada por la inconsciencia con que se la vivía. Mountolive, que ya había encontrado el

«Ábrete sésamo» del idioma al alcance de su mano, sintió, por primera vez, que penetraba de veras en un país y en unas costumbres extranjeras. Sentía lo que se siente en esos casos, es decir, el placer vertiginoso de perder uno antiguo y criar uno nuevo para reemplazarlo. Sentía que estaba resbalando, perdiendo, por decirlo así, los perfiles de sí mismo. ¿Es éste el verdadero sentido de la instrucción? Comenzaba a trasplantar todo un mundo, intacto, desde su imaginación al suelo de su nueva vida.

La familia Hosnani era un tanto peculiar. El elegante Nessim y su madre estaban unidos por el espíritu, perteneciendo a un mismo mundo intenso de inteligencia. El hijo mayor estaba siempre alerta para servir a su madre, ya fuera que ella necesitara abrir una puerta o recoger un pañuelo del suelo. Hablaba perfectamente inglés y francés, en forma impecable como sus modales, elegante y fuerte como su físico.

Después, ante él, a la luz de las velas, estaban sentados los otros dos: el inválido, bajo sus mantas, y el hijo menor, recio y tosco como un mastín, con un aire indefinible de estar dispuesto en cualquier momento a responder a una llamada a las armas. Aunque de pesada conformación y feo, era tierno: esto se veía en la manera cariñosa en que bebía las palabras que pronunciaba su padre, a quien veneraba. La sencillez le brillaba en los ojos, y él también estaba dispuesto a ser útil, y, en realidad, cuando el trabajo de campo no lo mantenía fuera de casa,

siempre se apresuraba a despedir al callado sirviente que se mantenía en pie detrás de la silla de ruedas y servir a su padre con un brillante orgullo, contento hasta de levantarlo en vilo y llevarlo tiernamente, casi con embeleso, hasta el lavabo. Miraba a su madre con algo del orgullo y de la infantil tristeza que brillaban en los ojos del inválido. Sin embargo, aunque los hermanos estaban divididos de este modo como las ramitas de olivo, no había brecha entre ellos: pertenecían a la misma rama, y lo sentían así, y se querían mucho, porque eran en realidad complementarios, siendo el uno fuerte, el otro débil. Nessim temía el derramamiento de sangre, el trabajo manual y los malos modos; en cambio, Naruz gozaba con todo eso.

¿Y Leila? Mountolive, por supuesto, la tomaba por un bello enigma, pero si hubiera sido más experimentado habría reconocido, en su naturalidad, una perfecta sencillez de espíritu, y en su carácter extravagante un temperamento al que se le había negado su verdadero despliegue y se había refugiado, de buen grado, en un conjunto de transacciones. Este casamiento, por ejemplo, con un hombre tan mayor que ella, había sido un matrimonio de conveniencia: estaban en Egipto. Se había unido la fortuna de su familia con la de los Hosnani: parecía, como en todas esas uniones, la fusión de dos grandes compañías. Que estuviera contenta o no era cosa en la que ella misma nunca había pensado. Estaba hambrienta, nada más, hambrienta de ese mundo de libros y reuniones, situado por siempre fuera de esa vieja casa y de los pesados deberes del campo que sostenía la fortuna de la familia. Era obediente y dócil como un fino animal de raza. Solamente la abrumaba una monotonía desconcertante. De joven había concluido sus estudios en El Cairo brillantemente y durante unos años abrigó la esperanza de ir a Europa a continuarlos. Quiso ser médico. Pero en aquel tiempo las mujeres de Egipto podían darse por contentas con escapar al velo negro, no ya a los estrechos confines del pensamiento y la sociedad egipcios. Europa, para los egipcios, no era más que un centro de compras que visitaban los ricos. Naturalmente, ella fue varias veces a París, con sus padres, y por cierto que se enamoró de él como nos pasa a todos; pero cuando se trató de romper las barreras egipcias y escapar

del todo a la red paterna –escapar hacia una vida que podría haber alimentado a una mente despierta–, se estrelló contra la roca del conservadurismo de sus padres. Tenía que casarse y formar su hogar en Egipto, le dijeron fríamente; y le eligieron, entre los hombres ricos que conocían, el más bueno y capaz que pudieron encontrar. De pie al borde del peñasco de estos sueños, hermosa aún y opulenta (en la sociedad de Alejandría la llamaban la Golondrina Oscura), Leila encontraba que todo se le volvía sombrío e insustancial. Tuvo que conformarse. Claro que nadie se iba a oponer a que visitara Europa con su marido, una vez cada tantos años, para hacer compras o pasar unas vacaciones... Pero su vida pertenecía a Egipto.

Cedió, respondiendo, al principio con desesperación, y más tarde con resignación, a la vida que le habían destinado. Su marido era bueno y solícito, pero mentalmente un poco tardo. La vida fue minando la voluntad de ella. Era tan fiel que se sumergió en los asuntos de él, viviendo, como él quería, lejos de la única ciudad que llevaba remotas huellas de una vida a la europea: Alejandría. Durante años se había sometido a los aires embotadores del delta y a la vida monótona en los campos Hosnani. Vivía principalmente por intermedio de Nessim, al que estaban educando en el extranjero y cuyas raras visitas traían alguna vida a la casa. Pero, con el propósito de saciar su activa curiosidad por el mundo, se suscribió a libros y revistas, escritos en los cuatro idiomas que conocía tan bien como el propio, o quizá mejor, porque nadie puede pensar ni sentir tan sólo en la obsolescencia sin dimensiones del árabe. Así, por muchos años, se desarrolló una batalla de resignaciones en que el elemento de desesperación sólo aparecía bajo la forma de trastornos nerviosos, a los cuales el marido prescribía un remedio no falto de inteligencia: unas vacaciones de diez días en Alejandría, que siempre le devolvían el color a las mejillas. Pero aun estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras; insensiblemente, ella se había deslizado fuera de la vida social, perdido la práctica de la charla y las pequeñas ocurrencias que son su fundamento. La vida de ciudad la aburría; la consideraba superficial como las aguas del lago mismo, una vida secundaria; sus facultades de introspección se agudizaron con los

años, y a medida que los amigos se quedaban atrás, sólo le iban restando unos pocos nombres y rostros: Balthazar, el médico, por ejemplo, y Amaril, y unos cuantos más.

Sin embargo, pronto Alejandría iba a pertenecer más a Nessim que ella misma. Cuando él terminara los estudios, iban a incorporarlo a la casa bancaria, con sus sucursales que se ramificaban rápidamente, echando raíces en la industria de la navegación, el petróleo y el tungsteno, raíces que necesitaban agua... pero para entonces ella ya se habría vuelto una ermitaña.

Esta vida solitaria la hizo sentirse un poco falta de preparación para Mountolive, para la llegada de un extranjero a su medio. Ese primer día ella regresó tarde, después de montar a caballo por el desierto, y se sentó en su sitio entre el marido y el huésped con cierta grata excitación. Mountolive apenas la miraba porque su voz estremecedora le producía unas pequeñas y curiosas vibraciones en el corazón, vibraciones que él registraba pero no deseaba analizar. Leila vestía pantalones de montar blancos y una blusa amarilla con pañuelo. Tenía las manos pequeñas y blancas, sin anillos. Ninguno de los hijos apareció a almorzar ese día, y después de la comida fue ella quien decidió llevarlo a conocer la casa y los jardines, gratamente sorprendida ya por el respetable árabe y el sólido francés que hablaba el joven. Lo trató con la solicitud, levemente aprehensiva, de una mujer hacia un único hijo varón. El auténtico interés y deseo de aprender que mostraba el joven le producía unas emociones de gratitud que a ella misma la asombraban. Cosa absurda, pero ningún extranjero había demostrado nunca el menor deseo de estudiarlos y apreciarlos, su idioma, religión y costumbres. Y Mountolive tenía modales tan perfectos como poco dominio de sí mismo. Ambos caminaban por la rosaleda, escuchando el uno la voz del otro en una especie de sueño. Les faltaba el aliento, como si se ahogaran.

Cuando él se despidió esa noche, aceptando la invitación de su marido a regresar y residir con ellos, Leila no apareció. El criado trajo el mensaje de que se sentía indispuesta y con jaqueca y se había acostado.

No obstante, ella esperó que él regresara con una especie de atención obstinada y aprehensiva.

Naturalmente, él conoció a los dos hermanos el primer día, porque Nessim volvió aquella tarde desde Alejandría, y Mountolive reconoció en él a una persona de su propia clase, una persona cuya vida era un leguaje cifrado. Se respondían el uno al otro nerviosamente, como un acorde musical.

Y Naruz.

–¿Dónde está el bueno de Naruz? –le preguntó Leila al marido, como si el segundo hijo fuera más asunto de él que de ella: lo que él tenía invertido en el mundo.

–Ha estado encerrado en las incubadoras cuarenta días. Mañana volverá.

Leila parecía levemente confusa.

–Es que él va a ser el agricultor de la familia y Nessim el banquero –le explicó a Mountolive, enrojeciendo ligeramente. Después, volviéndose de nuevo al marido, agregó–: ¿Puedo llevar a Mountolive a ver a Naruz trabajando?

–Desde luego.

Mountolive estaba encantado con la forma en que ella pronunciaba su nombre. Le daba un acento francés, «Montoliv», y a él le sonaba muy romántico. Pensamiento nuevo también. Ella le tomó del brazo y caminaron por entre los rosales, cruzando las plantaciones de palmeras hasta llegar a las incubadoras, instaladas en una gran casa baja de ladrillos de barro, construida por debajo del nivel del suelo. Golpearon una o dos veces, a una puerta hundida, y al final Leila la abrió, impaciente, de un empujón. Entraron en un estrecho corredor donde se alineaban diez estufas de barro a cada lado, una frente a otra.

–Cierren la puerta –gritó una voz profunda al levantarse Naruz de entre un nido de telarañas, y acudir, en medio de la penumbra, para identificar a los intrusos. Mountolive se sintió un poco intimidado por su rezongo y su labio leporino, y por la aspereza de su grito. Era como si, a pesar de la juventud de Naruz, se hubieran entrometido en la ermita de algún desgredado anacoreta. Tenía la piel amarillenta y los

ojos arrugados por la larga vigilia. Pero cuando los vio, Naruz pidió disculpas y pareció muy contento de que se hubieran molestado en visitarlo. En seguida se puso orgulloso, queriendo explicarles cómo funcionaban las incubadoras, y Leila, con tacto, le dejó el campo libre. Mountolive sabía ya que empollar huevos con calor artificial era un arte que había hecho famoso a Egipto desde la más remota antigüedad y le encantó que le explicaran el procedimiento. En ese pasillo subterráneo lleno de antiguas telarañas y suciedad no barrida, hablaron de las técnicas y temperaturas, mientras los ojos oscuros y equívocos de la mujer se posaban sobre ellos, estudiando sus físicos y maneras, sus voces. Los hermosos ojos de Naruz aparecían ahora despiertos y vivos de satisfacción. El animado interés de su huésped lo arrobaba a él también, y le explicaba todo en detalle, hasta la técnica extraña por la cual el calor de los huevos, a falta de termómetro, se juzga colocando el huevo en la órbita del ojo.

Cuando más tarde volvían, caminando por el jardín, Mountolive le dijo:

–Simpatiquísimo, su hijo.

Leila, inesperadamente, se ruborizó y bajó la cabeza. Contestó en voz baja, con emoción:

–Tenemos tantos remordimientos por no haberle hecho operar el labio leporino a tiempo... Y después los chicos de la aldea lo molestaban llamándole «camello», y eso le ofendía. Usted sabe que el camello tiene el labio partido en dos. ¿No? Bueno, lo tiene. Y Naruz lo ha pasado mal.

El joven, que caminaba a su lado, sintió de golpe un impulso de simpatía hacia ella. Pero permaneció mudo. Y después, esa noche, Leila no apareció.

Al principio sus propios sentimientos lo confundían un poco, pero, como no estaba acostumbrado a la introspección, familiarizado, por así decirlo, con el núcleo de su propia personalidad, en pocas palabras, como era joven, los desechó sin esfuerzo.

(Todo esto se lo repetía a sí mismo más tarde, recordando gravemente cada detalle, mientras se afeitaba ante el anticuado espejo o se hacía el nudo de la corbata. Revisaba todo el asunto obsesivamente, una y otra

vez, como para provocar artificialmente, y dominar, toda la serie nueva de emociones que Leila había liberado en él. A veces lanzaba la imprecación «Maldito sea» entre dientes, como si estuviera recordando algún espantoso desastre. Era ingrato estar obligado a crecer. Era delicioso crecer. Oscilaba entre el miedo y una exaltación grotesca.)

Con frecuencia paseaban juntos a caballo por el desierto, a sugerencia de su marido; y allí, una noche de luna llena, tendidos uno al lado del otro en una duna a la que el viento, blandamente, había dado contornos de la nieve o el rapé, se encontró frente a una nueva versión de Leila. Acababan de comer y hablaban bajo una luz espectral.

–Espere –dijo ella de pronto–. Hay una miga en su labio.

E, inclinándose hacia delante, se la quitó suavemente con su propia lengua. Él sintió la lengüita cálida de un gato egipcio sobre su labio inferior, durante un momento. (Allí era cuando decía interiormente, siempre, «Maldito sea».) Palideció y se sintió desvanecer. Pero ella estaba allí, tan cerca, tan inofensivamente cerca, sonriendo y frunciendo la nariz, que no pudo hacer otra cosa que tomarla en brazos, tropezando hacia delante como un hombre tropieza con un espejo. Sus imágenes susurrantes se encontraron entonces como los reflejos sobre una superficie de agua de lago. Su mente se dispersó en mil pedazos, aleteando en el desierto alrededor de ellos. El acto de convertirse en amante fue tan fácil y completo, con tal aparente falta de premeditación, que, por un momento, casi no supo qué había ocurrido. Cuando su mente le dio alcance, él demostró enseguida lo joven que era, tartamudeando:

–Pero, ¿por qué yo, Leila? –como si ella hubiera tenido para elegir todo el mundo a sus pies. Se asombró al verla recostarse y repetir las palabras, con algo que parecía un desprecio musical. La puerilidad de la pregunta la molestaba, sin duda.

–¿Por qué tú? Porque...

Y con gran sorpresa de él, le recitó en voz baja y dulce un pasaje de uno de los autores que ella prefería:

–«Hay un destino ahora posible para nosotros: el más elevado que se le haya propuesto nunca a una nación para que lo acepte o lo rehúse.

Somos todavía de raza no degenerada; una raza mezclada de la mejor sangre nórdica. No somos todavía de ánimo disoluto, pero aún tenemos la firmeza para gobernar y la gracia para obedecer. Nos han enseñado una religión de pura piedad, que ahora por fin debemos traicionar o aprender a defenderla cumpliéndola.

Y somos ricos en herencia de honor, que nos han otorgado mil años de noble historia, cuyo aumento debiéramos ansiar con sed cotidiana, con una espléndida avaricia, de modo que los ingleses, si fuera un pecado ambicionar honores, serían las almas más culpables.»

Mountolive escuchaba aquella voz con asombro, compasión y vergüenza. Evidentemente, lo que ella veía en él era algo como un prototipo de nación que sólo existía en su imaginación. Estaba besando y acariciando una imagen pintada de Inglaterra. Para él era la experiencia más rara del mundo. Sintió que las lágrimas le subían a los ojos cuando ella continuó la magnífica peroración, adaptando su clara voz a la melodía de la prosa:

—«¿O querrán ustedes, juventud de Inglaterra, hacer nuevamente del país un trono real de reyes, una isla con cetro, para todo el mundo una fuente de luz, un centro de paz; ama de la sabiduría y de las artes; fiel guardiana de grandes recuerdos en medio de visiones irreverentes y efímeras; una fiel servidora de antiguos principios, bajo la tentación de gratos experimentos y licenciosos deseos; y en medio de los crueles y clamorosos celos de las naciones, adorada en su extraño valor, de buena voluntad hacia los hombres?»

Las palabras empezaban a vibrarle en la mente.

—Ya no somos así, Leila.

Era un absurdo sueño alimentado en libros el que esta mujer copta había descubierto y traducido. Sentía como si todos esos mágicos abrazos se hubieran ganado en cierto modo con falsas apariencias, como si los absurdos pensamientos de ella estuvieran reduciendo todo el asunto, disminuyendo su escala hasta algo tan de sombras e irreal como, digamos, una transacción con cualquier mujer de la calle. ¿Puede uno enamorarse de la efigie en piedra de un cruzado muerto?

–Me has preguntado por qué –continuó ella, todavía con desprecio–. Porque... –con un suspiro–, será porque eres inglés...

(A Mountolive le ocurría que, cada vez que se acordaba de esa escena a solas, no tenía más que un juramento para expresar su asombro: «Maldito sea».) Y, además, como todos los amantes inexpertos desde que el mundo es mundo, no se conformaba con dejar las cosas como eran; tenía que explorarlas y evaluarlas en su mente, a conciencia. Todas las respuestas que ella le daba eran inesperadas. Si él mencionaba al marido, Leila se enojaba enseguida, interrumpiéndole con una franqueza que lo dejaba cohibido:

–Yo lo *amo*. No quiero que se hable mal de él.

Es un hombre noble y nunca querría hacer nada que pudiera lastimarlo.

–Pero... pero... –tartamudeaba el joven Mountolive; y entonces, riéndose de su perplejidad, ella volvía a echarle los brazos al cuello, diciéndole:

–¡Tonto, David, *tonto!* Si él mismo me dijo que te tomara por amante. Piensa... ¿no es sensato, a su modo? ¿Temiendo perderme del todo por mala suerte? ¿Nunca has estado hambriento de amar? ¿No sabes lo peligroso que es el amor?

No, él no lo sabía.

¿Qué diablos iba a hacer un inglés con estos extraños moldes de pensamientos, estas fidelidades confusas y contradictorias? Quedó mudo de asombro.

–Sólo debo cuidar de no enamorarme, y no me enamoraré.

¿Por eso había elegido amar la Inglaterra de Mountolive a través de él, más bien que al propio Mountolive? Él no lograba encontrar una respuesta. Las limitaciones de su inmadurez le ataban la lengua. Cerró los ojos y sintió como si estuviera cayendo de espaldas en el espacio oscuro. Y Leila, adivinando esto, encontró en él una inocencia que se hacía querer por sí sola; en cierto modo, se puso a hacerle hombre, utilizando todo calor femenino, toda sinceridad. Era para ella a la vez un amante y una especie de hombreniño desorientado al que podía guiar en su crecimiento. Sin embargo (debía de haberse hecho la

advertencia con toda claridad en su mente), tenía que prever cualquier resentimiento que pudiera sentir él por ese tutelaje.

Así, pues, le ocultó su propia experiencia y se convirtió para él casi en compañera de su propia edad, compartiendo una complicidad que en cierto modo parecía tan inocente, tan ajena a todo reproche, que aun el sentido de la culpa estaba en él casi amortiguado, de modo que empezó a absorber por intermedio de ella resolución y confianza en sí mismo.

Se dijo, con igual resolución, que él también tenía que respetar sus prevenciones y no enamorarse, pero esta clase de disociaciones son imposibles para los jóvenes. Él no podía distinguir entre sus propias necesidades emocionales, entre el amor pasión y la especie de idilio que se alimenta del narcisismo.

El deseo lo estrangulaba. Imposible clasificarlo. Y aquí su educación inglesa le trababa a cada paso. No podía ni siquiera sentirse feliz sin sensación de culpa.

No obstante, todo eso no lo veía muy claramente; sólo adivinaba a medias que había descubierto algo más que una amante, más que una cómplice. Leila era no solamente más experimentada; para pesar suyo, descubrió que había leído más que él, en su propio idioma inglés, y poseía más cultura general.

Pero, como compañera y amante modelo, nunca se lo hizo sentir. ¡Hay tantos recursos para una mujer de experiencia! Se refugiaba siempre en una ternura que se expresaba en bromitas. Le reprendía su ignorancia y le picaba la curiosidad. Y la divertía el efecto de su pasión sobre él: aquellos besos que caían quemando como gotas de saliva sobre un hierro caliente. A través de sus ojos, él empezó a ver a Egipto de nuevo: pero ampliado en otra dimensión. Saber el idioma no era nada; porque Leila demostraba cuán vacío es el conocer al lado del comprender.

Siendo un incorregible tomador de notas, su pequeño diario de bolsillo se abultó con los datos que emergían de sus largas cabalgatas, pero siempre eran anotaciones relativas al país, porque no quería poner una sola línea sobre sus sentimientos ni siquiera registrar el nombre de Leila. De este modo:

DOMINGO. Al pasar a caballo a través de una pobre aldea cubierta de moscas, mi acompañante me señala unas marcas como escritura cuneiforme en las paredes de las casas y me pregunta si puedo leerlas. Como un necio, digo que no pero a lo mejor ¿son de idioma amárico? Risas.

La explicación es que un venerable vendedor ambulante pasa por aquí cada seis meses trayendo una alheña desde Medina, muy estimada debido a su vinculación con la ciudad santa. Aquí casi todos son demasiado pobres para pagar, de modo que él les da créditos, pero, para que no se vayan a olvidar, escribe la cuenta en la pared de arcilla con un cascote.

LUNES. Alí dice que las estrellas fugaces son piedras que tiran los ángeles en el cielo para alejar a los malos *djins* cuando quieren escuchar a escondidas las conversaciones del paraíso y enterarse de los secretos del futuro. Todos los árabes le tienen terror al desierto, aun los beduinos. Cosa extraña.

Igualmente: Cuando se produce una pausa en la conversación, lo que nosotros decimos «pasó un ángel» ellos lo dicen de otro modo. Cuando se produce un momento de silencio alguien exclama: «*Wahed Dhu*» o sea «Dios es Uno», y entonces toda la compañía repite fervientemente la respuesta: «*La Illah Illa Allah*», o sea, «No hay más Dios que un Dios», antes de reanudar la conversación normal. Estos pequeños hábitos son extremadamente contagiosos.

También: Mi huésped utiliza una curiosa frase cuando habla de retirarse de los negocios. Lo llama «hacer su alma».

También: Nunca había probado el café del Yemen con una gotita de ámbar gris en cada copa. Es delicioso.

También: Mohamed Shebab me ofreció, al encontrarnos, un toque de esencia de jazmín de una redoma con tapón de vidrio, como uno ofrecería un cigarrillo en Europa.

También: Aman los pájaros. En un cementerio todo desordenado he visto tumbas con pocitos para beber, excavados en el mármol, destinados a los pájaros. Mi acompañante me dijo que las mujeres de la ladea los llenan en sus visitas de los viernes.